

LA CONFLICTIVIDAD DENTRO DE LA IGLESIA

El conflicto dentro de la Iglesia es un hecho, y es un hecho nuevo que aflora desde el Vaticano II. Es frecuente escuchar las voces que provienen de las altas esferas vaticanas denunciando la protesta, como hecho generalizado en nuestros días. En América Latina, raro es el país o la diócesis en la que no surja un conflicto entre la jerarquía y la base de cristianos, entre los mismos fieles, y entre los mismos obispos. El hecho no puede negarse. En este trabajo, el autor pretende analizar la novedad, las raíces y el sentido de este conflicto, deteniéndose en lo que este conflicto tiene de estructural y de eclesial, superando el análisis meramente personal y psicologizante de las causas de los conflictos, y fijándose en lo que el mismo "ser Iglesia" aporta al conflicto.

La conflictividad dentro de la Iglesia, Christus, 41 n.º 493 (1976) 18-30

EL HECHO DEL CONFLICTO ECLESIAL EN NUESTROS DÍAS

En la historia reciente de la Iglesia hasta antes del Vaticano II, ésta ha dado la sensación de unidad dentro de sí misma. La Iglesia católica se concebía a sí misma por su esencia, y así intentaba aparecer históricamente, como la Iglesia "una". En esa unidad veía una de sus notas constitutivas, y de ahí que la "unidad" fuese ideologizada no sólo como ideal escatológico al que debería atender la comunidad eclesial, sino como una realidad histórica que de esa manera mostraría además a la Iglesia Católica como la verdadera Iglesia de Cristo. La mera división de opiniones aparecía como un peligro y de ahí que se impusiera disciplinariamente una misma liturgia, una misma teología y aun filosofía, y una misma ética. Examinada a fondo esa unidad monolítica no era más que uniformidad.

Esa uniformidad coexistía con una conflictividad latente. Prescindiendo ahora de si la concepción jerárquica de la Iglesia estaba bien fundamentada en la Escritura, constatamos que la Iglesia estaba estructurada en forma de grupos, sociológica y políticamente, distintos y a veces antagónicos. Todo el poder doctrinal, ejecutivo y judicial estaba reservado a la jerarquía, mientras que los fieles formaban ciertamente parte de la Iglesia, pero de modo pasivo.

Los primeros intentos para superar esta situación de uniformidad se hicieron en nombre del "pluralismo": ni la ideología, ni la cultura son eternas, sino históricas y cambiantes. Este pluralismo era exigido sobre todo en la teología y en la liturgia y también en la forma de vida sacerdotal (en el movimiento de los sacerdotes obreros y en la petición de separar sacerdocio ministerial y celibato).

El Vaticano II, o por lo menos la teología que se formó a su alrededor, aprobó este pluralismo, Pero el pluralismo no era conflicto, no pro ponía la división dentro de la Iglesia, sino la multiformidad y presuponía la convivencia pacífica de diversas maneras de ser Iglesia.

En nuestros días, y sobre todo en América Latina, dos son las características que diferencian una nueva situación. En primer lugar, descriptivamente, la primera línea que divide o aglutina al cuerpo eclesial no es la línea de la autoridad, y correlativamente de

la obediencia, sino la línea de comprensión y de praxis de la fe. Las diversas corrientes aglutinan y arremolinan en torno a sí a obispos, sacerdotes, religiosos y seglares, relativizando el status social dentro de la institución eclesial. La situación actual se caracteriza por lo tanto, en primer lugar, por un mayor unión eclesial, desconocida en tiempos pasados, lo cual a su vez provoca una desunión entre las diversas corrientes y el conflicto dentro de la Iglesia.

En segundo lugar, el problema de la unión o de la división viene planteado por la realidad del tercer mundo, como realidad que está fuera de la Iglesia imponiendo el conflicto como inevitable y necesario, exigido además en nombre del evangelio.

En concreto en los últimos años, la conflictividad dentro de la Iglesia se puede simbolizar en las diversas posturas que los diversos grupos de cristianos toman con respecto a Medellín. Unos, para quienes Medellín fue el comienzo de una nueva etapa hablan de un "retroceso de Medellín". Otros, para quienes Medellín fue una sorpresa aceptada sin saber a ciencia cierta qué era y qué consecuencias desencadenaría, hablan de una correcta interpretación de Medellín". En teoría nadie se atreverá a descualificar a Medellín, pero en la práctica se está haciendo y sus documentos están sufriendo la muerte de mil cualificaciones y distingos. Esta situación ya no puede ser llamada pluralismo, porque las opciones se van reduciendo eficazmente a dos y ello conlleva una coexistencia cada vez menos pacífica.

Que la situación eclesial tiene estructuralmente carácter de conflicto se ha probado abundantemente en los últimos años. Numerosos puestos importantes en la dirección del CELAM y de sus diversas comisiones han sido ocupados en virtud de la postura ideológica de los obispos. Institutos que surgieron a partir de Medellín han sido suprimidos o reubicados. Por otra parte, un número considerable de obispos busca otras plataformas de reunión y comunicación que no sean sólo o principalmente las del CELAM o las Conferencias Episcopales. A nivel de grupos de base existen diversos movimientos que buscan líneas de trabajo opuestas.

Quizás lo más interesante y novedoso es que no parece que de ahí vaya a surgir un cisma o herejía, en el sentido tradicional de la palabra, pues los cristianos de avanzada pretenden permanecer en la Iglesia. Si esto es así, el conflicto está ahí y estará por largo tiempo, ya que ambas concepciones pretenden ser globalizantes de la existencia eclesial y por lo tanto van a ser antagónicas al menos en la práctica.

LA NUEVA ECLESIOLOGÍA

En este apartado pretendemos analizar cómo una nueva eclesiología ha hecho posible y real el conflicto eclesial al desbloquear la justificación de la unidad de la Iglesia e introduciendo realmente la Iglesia en el mundo, que es el lugar del conflicto. Obviamente esto sólo lo podemos hacer programáticamente, sin descender a detalles, apuntando sólo aquellos momentos del desarrollo verdaderamente significativos.

Iglesia y Reino de Dios

1. Como primera afirmación fundamental podemos decir que la Iglesia no es el Reino de Dios. Este es el primer paso para desbloquear una falsa eclesiología, tanto por lo que toca a los contenidos como al mismo proceso de justificación de estos contenidos. El mensaje de Jesús es un mensaje escatológico, y lo propiamente escatológico es el Reino de Dios y no la Iglesia. Lo último y definitivo, para Jesús, era el Reino y no la Iglesia que no fue ni predicada ni instituida por él (en el sentido convencional del término).

Así pues, la Iglesia no tiene un carácter absoluto, el cual le compete sólo al Reino, sino que tiene un carácter relacional. Como Jesús, su esencia y plenitud se deriva de la relación al Reino.

En segundo lugar, el Reino de Dios en el mensaje de Jesús es crisis: lo último relativiza y critica cualquier realidad creada. El Reino de Dios no llega como posibilidad de la existencia presente, sino siempre a través de una ruptura. El Reino de Dios, según Jesús, lo relativiza todo, incluso las estructuras salvíficas queridas por Dios, según el AT.

De ahí se deduce una consecuencia. En cuanto la Iglesia no es adecuadamente el Reino de Dios y en cuanto el Reino de Dios pone en crisis cualquier realidad histórica, la Iglesia, en su totalidad y en su estructura institucional, puede y debe ser criticada. Aceptar esto es la base para comprender la posibilidad y el sentido del actual conflicto en la Iglesia.

Iglesia y Jesús histórico

2. La segunda afirmación fundamental es que la Iglesia debe proseguir la realidad del Jesús histórico. En qué sentido el redescubrimiento del Jesús histórico es una de las causas actuales del conflicto lo podemos ver en tres pasos.

En primer lugar, la realidad de Jesús es también relacional: Jesús predica a Dios que se acerca en su reino.

En segundo lugar, la relación de Jesús con el Reino no es meramente de predicación, sino de acción. No sólo predica que el Reino de Dios se acerca, sino que intenta realizarlo, dedicando su vida a la praxis del Reino como aparece en su actividad en favor de los oprimidos, sus prodigios, sus exorcismos, su crítica ante una sociedad que es la negación del Reino, su actitud consecuente en el hacer hasta la muerte.

En tercer lugar, Jesús intenta hacer el Reino de Dios dentro de su historia concreta, dominada por el pecado en sus diversas formas, por el egoísmo y la voluntad de poder del individuo y por las estructuras de clara injusticia. La palabra de Jesús juzga esta historia desde dentro, ofreciendo una alternativa a esta situación. Jesús intentó hacer el Reino dentro de su historia conflictiva y por esta razón fue perseguido y crucificado, cayendo sobre él el poder del pecado.

De este redescubrimiento del Jesús histórico se deducen varias consecuencias para la Iglesia y para la comprensión que ella tiene de sí misma, que será fuente de conflicto.

a) La Iglesia no puede ni debe predicarse a sí misma de la misma manera que Jesús no se predicó a sí mismo. El primer conflicto aparecerá siempre que la Iglesia, consciente o inconscientemente, pretenda predicarse a sí misma poniéndose en primer plano, si alguien le recuerda que éste es su primer y fundamental pecado.

b) Este primer conflicto se agrava si la Iglesia pasa de una misión de predicar (aunque anuncie cosas tan sublimes como Cristo, Dios, el Reino) a una realización práxica del contenido de lo que predica. La pregunta clave que se le dirige a la Iglesia de hoy es si quiere meramente anunciar a Cristo o hacer lo que hizo Jesús y así declararle como el Cristo.

La misión de la Iglesia

Aquí se da la raíz más profunda de los conflictos actuales dentro de la Iglesia: en la concepción teórica y práctica de lo que es la misión. Si la misión cristiana es un hacer el reino, se añade un nuevo matiz al conflicto eclesial. Entonces no está en juego sólo la realización del individuo, sino "los otros" y la recuperación del mínimo de dignidad humana y el bien de terceras personas. No se trata del destino del cristiano en el interior de la Iglesia, sino de la misión en favor de los más pobres. Lo que la Iglesia tiene hoy planteado no es un problema de docilidad o rebeldía psicológica, sino un problema de misión. Si la misión de la Iglesia es hacer como el hacer de Jesús, y no sólo dar información sobre qué es o cómo debería ser el reino, surge una nueva concepción y surgen los conflictos: ya no se está defendiendo la propia causa sino una causa ajena, la de los más pobres. Este enfoque quizás no explica todos los matices de los conflictos intraeclesiales, pero subraya un hecho profundamente concreto.

Al hacer la misión como Jesús, entonces el conflicto del mundo se introduce en el interior de la Iglesia. El mundo es un mundo de pecado, en la más antigua tradición bíblica. Y el pecado del mundo hace que los hombres vivan divididos entre sí con intereses antagónicos. Se dividen en clases y estas clases están en pugna. La lucha no se presenta si se anuncia simplemente el mensaje o si se insiste en lo absoluto de Dios; pero si la misión de la Iglesia es hacer el Reino como Jesús, es decir dentro de la historia, entonces tiene que situarse en esta histórica real con la conflictividad que le es inherente. La escisión real revierte en una escisión dentro de la misma Iglesia. Los mismos cristianos pertenecientes a diversas clases sociales y en su labor hacia afuera toman diversas posturas. Es innegable que la acción significa opción y concreción. Significa concretar la ideología cristiana en ideologías que, aunque parciales, presentan más eficazmente el camino de la liberación concreta; significa elegir medios concretos para la acción. En esta concreción que exige la misión cristiana, considerada como hacer, surge el conflicto. Lo importante para comprender la naturaleza del conflicto consiste en no analizarlo sólo en su último estadio como si fuera conflicto sociológico o psicológico. Se presupone que la unidad de la Iglesia es el centro mismo de toda eclesiología y que por lo tanto el conflicto no es deseable. De esta forma se quiere evitar el análisis teológico del conflicto.

¿Unidad en la fe?

Por todo ello hay que recordar que la raíz más profunda de la desunión y del conflicto está en la misma concepción de fe de los cristianos. A este nivel, el conflicto no aparecerá todavía pero la raíz está ahí. Una determinada comprensión de la fe cristiana lleva por su lógica interna a un tipo de opción concreto. Por ello es tan peligroso repetir ingenuamente que "hay que dejar en claro que la unidad esencial de la Iglesia es unidad en la fe". Eso es formalmente correcto, pero eso no soluciona sino que plantea de manera más radical el problema. Si la fe cristiana es fe en un Dios siempre mayor, un Dios crucificado, si es seguimiento de Jesús en medio de la conflictividad de la historia para hacer el reino, si este seguimiento implica riesgos y persecuciones, tomar posturas concretas ante la opresión y los opresores, entonces la fe y no el talante del individuo es lo que va a desunir. Que a la fe le competa también el crear unidad eclesial es evidente, que por esa unidad haya que trabajar es correcto, que el individuo dentro de la Iglesia deberá estar dispuesto a sacrificar su realización personal para el bien del cuerpo de la Iglesia es también cierto. Pero nada de esto justifica anteponer el bienestar interior del cuerpo de la Iglesia a la misión que ella ha de realizar, aun cuando esto provoca el conflicto interno.

El sentido del conflicto intraeclesial

La unidad intraeclesial es algo teóricamente bueno, pero que ya en el NT aparece como algo escatológico, que no está simplemente a la mano. Si, a nivel de ideas, unidad y conflicto se excluyen mutuamente, a nivel histórico no tienen por qué excluirse; más aún, el conflicto tiene un sentido positivo, incluso para la construcción de la unidad escatológica. El conflicto es histórica y teológicamente necesario. Ello deriva del aspecto institucional y profético del cuerpo de la Iglesia, lo cual vale no sólo de la Iglesia sino de cualquier otra configuración humana que trate de realizar una misión a través de un cuerpo constituido.

Herejía y profetismo

El elemento profético dentro de la Iglesia puede tomar dos formas: la de la herejía y la del profetismo intraeclesial, al que llamamos simplemente profetismo. Conceptualmente, la herejía es la negación de alguna verdad eclesial, pero en un análisis histórico la herejía ha cumplido un importante papel social en la Iglesia. Dada la esencia histórica de la Iglesia, su propio crecimiento es imposible sin que dentro de ella aparezca el momento de contradicción. A través de la herejía como momento de contradicción, la Iglesia se va esclareciendo sobre su propia esencia y descubriendo eficazmente sus limitaciones y pecados.

Eso mismo vale para el profetismo, sólo que el profeta permanece dentro y por ello perpetúa el conflicto en el mismo seno de la Iglesia. El profeta ha encontrado, en primer lugar, una oposición por parte de la Iglesia; ha causado conflictos y él mismo ha sido el primero en sufrirlos. El que la Iglesia pueda integrar este nuevo avance motivará que el profetismo no se convierta en herejía, pero si no integra la profecía, la Iglesia se anquilosará. Se canoniza al profeta después de su muerte, y se les echa en falta cuando no los hay. Pero durante la actividad profética, el profeta es sospechoso. Y es un hecho

histórico que cuando la Iglesia integra lo nuevo que ha traído el profeta se ha dado un avance real en la vida de la Iglesia.

Profetismo y cuerpo eclesial

El profetismo es esencial, pero suele chocar con otro momento esencial de la Iglesia que es su carácter de cuerpo. Para comprender esto, hay que tener en cuenta dos datos que aparecen ya desde los comienzos. El primero es que la fe en Cristo se vive comunitariamente, con lo cual van a existir algún tipo de estructuras para expresar esa comunitariedad. El segundo dato importante es el proceso de institucionalización de la Iglesia motivado sobre todo por el retraso de la parusía. Cuando la Iglesia va tomando conciencia de que ha de vivir en la historia, se acelera el proceso de institucionalización. La institución da cuerpo al carisma, e incluso integra la profecía y, al nivel de la acción, ofrece un cuerpo que haga eficaz más masivamente lo que los profetas exponen como línea de acción. La Iglesia institución, aun cuando ambigua, es una necesidad histórica. Todo carisma que ocurra en la Iglesia y quiera ser eficaz tiene que pagar un costo social que será la institución.

De esta forma aparece en qué sentido es necesario el conflicto en la Iglesia como en cualquier sociedad que busque continuidad y eficacia histórica: profecía e institución históricamente están en pugna y por ello surge el conflicto. Conflicto necesario también en virtud de los mismos contenidos al servicio de los cuales debe estar la Iglesia. Ella está al servicio del Reino de Dios, y la señal de que sigue viva es, precisamente, si tiene la capacidad de que dentro de su misma institución surjan cristianos que recuerden y concreten la elemental verdad de que la Iglesia no es el reino, que el Dios a quien predica es mayor que cualquiera de sus estructuras. La Iglesia institución dará cuerpo a la larga a lo que en un primer momento es pura profecía, aun cuando al darle cuerpo aguará de algún modo la profecía. Pero la profecía es lo que justifica en último término a la misma institución.

Por todo esto no se puede hablar sin más de la unidad de la Iglesia, ni siquiera como unidad en la fe. Esa unidad se va haciendo a través de afirmaciones y negaciones concretas. La desunión que históricamente origina la profecía es el precio que hay que pagar para que, en una determinada situación, la unidad eclesial sea cristiana y no mera uniformidad eclesiástica.

La Iglesia como institución garantiza la transmisión, a lo largo de la historia, de la tradición de Jesús. Tradición de pasado que desencadena un futuro de expectación para el cual existe y cobra sentido la institución. Siempre que se predique realmente a Jesús y se intente hacer el Reino habrá conflictos en la Iglesia.

ALGUNOS CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO

El conflicto pertenece a la esencia histórica y teológica de la Iglesia. Pero ¿qué criterios discernen si ese conflicto es cristiano o no?

¿Autoridad jerárquica?

En primer lugar, la autoridad jerárquica no es el último criterio para discernir, y ello por varias razones. La primera porque el conflicto puede surgir precisamente entre profecía y autoridad. A nivel administrativo podrá ser zanjado el conflicto, pero no a nivel objetivo. En esta hipótesis, la autoridad es parte del conflicto y a la vez su juez. La profecía puede cuestionar precisamente el pecado de la institución; y la autoridad, al menos metodológicamente, debiera dejarse juzgar por algo superior a ella, por la palabra de Dios. En segundo lugar la historia reciente muestra cómo profetas que han sido condenados de alguna forma por la autoridad eclesial son después admitidos y alabados, como ocurrió con el Vaticano II. Existe, en estas circunstancias, el peligro de psicologizar el tratamiento del conflicto. Se apela a la docilidad del profeta. Pero el problema no está ahí. Hay abundantes casos de profetas dóciles que se han sometido a las medidas administrativas, pero la causa que han defendido se ha impuesto al fin por su mismo peso específico. Esto debe hacer reflexionar a la autoridad; su función no le capacita para discernir mejor que los demás, y muchas veces lo ha hecho peor.

¿Nuevo Testamento?

Por extraño que parezca tampoco el Nuevo Testamento es el último criterio de discernimiento. En el mismo NT existen ya diversas doctrinas sobre la Iglesia irreconciliables entre sí. Lo que sacamos del NT es, en primer lugar, la existencia del mismo conflicto y cómo en cada caso se fue buscando una solución.

La razón última de esta imposibilidad estriba en la misma estructura de la fe cristiana que encuentra en Jesús de Nazaret su origen, pero que no se reduce a "aplicar" la doctrina de Jesús a la historia subsiguiente. Decir que la fe cristiana es histórica no significa sólo que es narrativa, sino que es transformación de la realidad histórica. La misma lectura del NT se realiza desde la praxis histórica, así como, viceversa, la praxis histórica es leída desde la revelación. Es lo que se ha dado en llamar círculo hermenéutico.

En la situación actual, parte del conflicto se genera en una ignorancia a veces crasa de lo que aparece en el NT. En primer lugar, se argumenta a partir de citas aisladas de la eclesiología de las Cartas Pastorales que ignoran la tensión que existe dentro de la Iglesia, como aparece en otros escritos del NT. En segundo lugar, se ignoran las grandes verdades de la eclesiología cristiana. Da la impresión de que la noción de Reino de Dios no ha sido todavía asimilada y, en consecuencia, se sigue manteniendo una noción de Iglesia como si la institución fuera un fin en sí misma. Se ignora, en definitiva, que el conflicto aparece ya desde los orígenes mismos del NT. Recordemos las divisiones en las comunidades paulinas, la situación descrita en la carta de Santiago, la celebración eucarística en Corinto y las discusiones entre Pedro, Pablo y Santiago. El superar esta ignorancia es una condición necesaria para que el diálogo tenga un mínimo de lucidez, para que el conflicto no quiera ser resuelto de manera dogmática o autoritariamente. Se exigiría al menos aquel conocimiento del NT "que nos lleva a la sospecha de que la interpretación bíblica corriente no tiene en cuenta datos importantes" (J. L. Segundo).

La historia concreta

Ni la autoridad eclesial ni el mismo NT son criterios unívocos para discernir en caso de conflicto, si son considerados como algo ajeno a la historia. De ahí se sigue que el criterio debe ser histórico, ha de surgir dentro de la historia concreta. La razón objetiva última ya la hemos dicho: el cristianismo no es una verdad que aparece hace dos mil años, para ser después aplicada a lo largo de la historia, sino que se funda en la historia concreta de Jesús de Nazaret, que a su vez desencadena una historia. El círculo hermenéutico consiste en que Jesús desencadene una historia y en que la historia desencadenada se pueda remontar a Jesús.

Con esto nos privamos de un criterio claro y unívoco para discernir en caso de conflicto, pero remitimos el problema a su verdadero lugar: a la convergencia entre revelación e historia, historia de salvación y salvación en la historia, fe y praxis cristiana, sentido y acción. Esa convergencia no se da comparando doctrinas, sino en el mismo hacer. El NT es uno de los polos de discernimiento y la situación actual concreta es el segundo polo. Desde el NT se desprenden unos criterios genéricos para los conflictos: que la Iglesia es para el reino de Dios; que ese "para" tiene unas mediaciones seculares, como son la praxis del amor y de la justicia; que la misión se desarrolla en un mundo de pecado, y que por lo tanto la Iglesia debe cargar con este pecado, y no meramente declararlo como algo malo; que el destinatario primario y privilegiado de su misión son los pobres de Mt 25; que de esa misión se sigue el riesgo y la persecución por parte de quienes detentan el poder.

Desde la situación actual, esos criterios genéricos se van concretando: se muestra la verdad de la Iglesia, si ésta predica a un Dios que es esperanza real para la mayoría de los oprimidos, si busca mediaciones seculares que den eficacia a su predicación, si llama por su nombre el pecado concreto, a las estructuras capitalistas, si está abierta al riesgo y a la persecución sin refugiarse en actividades que por sus naturaleza son social y políticamente asépticas. En todo este quehacer la Iglesia irá comprendiéndose a sí misma como la continuadora de Jesús y su fe se basará en último término en hacer la misma fe de Jesús.

El criterio en caso de conflicto no aparece sólo en la verdad, sino en el encontrarse haciendo la verdad. Obviamente nadie será tan presuntuoso para afirmar que él la está haciendo químicamente pura.

Un criterio formal, pero que está a la base de todo lo dicho, es si en la Iglesia se opera una conversión, lo cual significa a veces un hacer lo contrario de lo que se estaba haciendo en muchos casos. Esto se desprende de la esencia de la fe cristiana en un Dios últimamente crucificado, que constantemente cuestiona la verdad del *status quo* eclesial, rompe el interés y la inercia de lo que comúnmente es tenido como bueno.

La unidad como tal es un don escatológico, cuando Dios sea todo en todo. En la historia lo que deberá haber es la búsqueda de la unidad, pero no basada ni en la uniformidad impuesta, ni en una fe expresada genéricamente, sino en la misma misión, en el hacer como Jesús.

Condensó: JAIME CISTERO